

ser interesante. Las comparaciones que hace entre lo pasado y lo presente, aunque entónces parecían inoportunas, son ahora instructivas para nosotros.

Mas habia de llegar día en que el hombre que nunca habia solicitado nada para si, fuese elevado á una honrosa posicion por la desinteresada munificencia del Estado. El gobierno invitó á Milton á aceptar la plaza de secretario de Lenguas extranjeras. Su último opúsculo habia hecho un servicio al país, y su competencia y aptitud para el destino vacante, eran superiores á las de todos los demás á quienes hubiera podido concederse. Era presidente del consejo el gran jurisconsulto Bradshaw, y ya hemos visto que el mismo apellido tenia la madre del poeta; así que Milton aceptó el destino el 13 de marzo de 1649, y dos días despues tomó formalmente posesion de él; pero en sus manos de seguro no seria una *sine cura*.

Á juicio de muchos, fué un gran crimen la ejecucion del Rey, y teniendo en cuenta sus efectos, fué en verdad un grandísimo error. Por lo demás, era un aviso á las testas coronadas para que no abusasen de su poder, y cualquiera otro recurso que se hubiera empleado, habria ofrecido extraordinarias dificultades. Pero con aquello se habia herido profundamente el sentimiento de la nacion, y en mucho tiempo no podia ponerse remedio al mal. En este estado la nueva república recibió un gran golpe con la publicacion del *Eikon Basilike*, libro de devocion que se forjó para presentar al último rey como hombre singularmente devoto y santo en todos los actos de su vida privada. Á pesar de la dificultad de comunicaciones que habia entónces, el libro se propagó por todo el país, agotándose con sorprendente rapidez una edicion tras otra. En contestacion al *Eikon Basilike* (La Imágen real), Milton dió á luz uno de sus más doctos escritos, con el título de los *Iconoclastas* (Los destructores de Imágenes). El objeto de esta publicacion era pintar la situacion del Parlamento, en oposicion al Rey, y demostrar la falsedad de las pretensiones, que en favor del segundo se alegaban. Era otra gran *Demostracion*, y no podia ménos de ser favorable á la república.

Pero la conducta del Parlamento y el ejército para con el Rey no pareció tan ofensiva en el extranjero como interiormente. Á fines del mismo año, Claudio *Saumaise*, más conocido por Salmasio, publicó su *Defensio regia pro Carolo primo ad Carolum Secundum*. El autor de esta obra era un erudito de los más distinguidos, que habia logrado gran celebridad, el cual, á vuelta de sus argumentos, defendia resuelta y enfáticamente el derecho divino de los reyes, y

apuraba todo su saber para probar que los soberanos ninguna responsabilidad contraen con sus súbditos, sino únicamente con Dios. Semejantes ideas, poco daño podian hacer en Inglaterra, pero realizadas con los abusos que en la república se cometian, fácilmente podian extraviar á los extranjeros.

Tal impresion, sin embargo, produjo aquel escrito, que en enero de 1650 expidió el Consejo una orden para que «Mr. Milton preparase una refutacion al libro de Salmasio.» Hecha en efecto esta, se mandó imprimirla, y se acordó dar gracias al autor; y como la obra de Salmasio estaba en latin, en latin tambien apareció la respuesta, llevando el título de *Defensio pro Populo Anglicano*.

Gravemente equivocado estaba Salmasio respecto á lo que acontecia en Inglaterra, y por la ligereza y menosprecio con que trataba á las personas que tenia por adversarios, incurrió en mil indiscreciones que hicieron poco favor al concepto de sábio en que se le tenia. Evidentemente nada estaba más lejos de su imaginacion, que le saliese al encuentro un antagonista como Milton, rival muy sagaz para descubrir hasta el menor descuido, y una vez descubierto, nada escrupuloso en manifestarlo. Aquel espíritu servil, y la arrogancia é insolencia del tono que se empleaba, eran de tal naturaleza, que Milton no sabia cómo dirigirse á él en términos que pareciesen dignos. Téngase presente que todo el secreto de la oposicion consistia en el sarcasmo, el ridiculo, y los epitetos más ignominiosos que un inglés podia hallar contra su adversario; la agilidad y el vigor de la lucha traian á la memoria el arte y la impetuosa resolucion de un jefe de los antiguos atletas, que se ponía á dirigir la lucha; á cada golpe que se asesta, se convence uno de que el enemigo que está delante no merece piedad alguna, y sin piedad se le tratará. Pero no le cegaba tanto la pasion, que le privase de la lógica, ni le impidiera valerse de las armas que le daba su ciencia.

La defensa de los derechos de la humanidad contra todo género de opresion es siempre justa, y á veces se eleva á una sublimidad que le subyuga á uno con su fuerza y magnificencia. Era natural que una lucha entre dos gigantes como aquellos, llamase la atencion de los sábios y de los hombres ilustrados de Europa, porque era espectáculo raro el de aquellos dos combatientes, puesto uno enfrente de otro. Algunos dicen que Milton acabó con su adversario, el cual no volvió á mostrarse lo que ántes era, y murió al siguiente año. Otros niegan que fuese así; lo cierto es que semejante acometida no podia ménos de ocasionar

una gran lesion ¹. Desde entónces variaron mucho los sentimientos del continente, hostiles al Parlamento inglés. La fama de Milton no conoció superior sino en la de Cromwell, y el talento de uno y el poder de otro se creia que eran los que habian elevado á Inglaterra á su nueva posicion.

Cuando Milton recibió la orden del Consejo para escribir esta obra, su vista, que hacia diez años iba gradualmente debilitándose, en los dos últimos se amonó de una manera alarmante. Los médicos á quienes consultó, le previnieron que si se determinaba á emprender aquel trabajo, empeoraria su enfermedad hasta el punto de quedar ciego; á lo cual respondió con la más tranquila resolucion: «¡Pues aunque ciegue!» Y cegó, en efecto, como le habian pronosticado; pero en los postreros instantes de su vida era un consuelo para él recordar la causa de aquellas tinieblas que se habian interpuesto entre sus ojos y el mundo visible; diciendo en unos versos: «Ciriaco, en pocos dias, estos ojos, ántes claros, privados de la luz, han perdido su vista. Me preguntas qué me consuela de tan gran quebranto: la conciencia, amigo mio, de haber perdido mis ojos en el nobilísimo empeño de defender la libertad.»

Ocho años pasaron, y nada más volvió á oirse de la polémica con Salmasio; mas no era creible que la *Defensa del pueblo de Inglaterra*, tan celebrada de un extremo á otro de Europa, quedase sin respuesta alguna. Varias se dieron, y no excitaron interés; una que se publicó anónima, la atribuyó Milton al obispo Bramhall; sin embargo, su autor fué un clérigo desconocido llamado Rowland; contra la cual escribió Juan Philips, sobrino de Milton, una réplica que revisó el mismo poeta antes de publicarse.

Hemos visto que en 1649 se mudó Milton de Barbican á Holborn. Al hacerse cargo de su secretaria, pasó á ocupar la habitacion que le estaba destinada en Whitehall, mas no sabemos por qué motivo, se le mandó desalojarla algun tiempo despues; y en junio de 1651, tomó una linda casa en Petty France, en Westminster, contigua al palacio de lord Scudamore, que daba á St. James Park. Aqui siguió viviendo ocho años, hasta que vino la Restauracion.

Como la pérdida de la vista le sobrevino poco á poco, no es fácil determinar con exactitud la época fija en que quedó totalmente ciego. Uno de sus adversarios le supone ya en este estado en 1652. No basta esto para asegurarlo; pero en

(1) Salmasio dejó en respuesta á la de Milton, una obra manuscrita que se imprimió en la época del mayor fervor de la Restauracion, ocho años despues de su muerte. Su extraordinaria virulencia revela la profunda herida que habia recibido; pero el libro llamó poco la atencion.

la réplica que Milton le dirigió, dice lo bastante para dar por acaecida aquella desgracia en el mencionado año.

En una carta escrita á un amigo en setiembre de 1654, cuenta que por espacio de diez años habia ido su vista «debilitándose y enturbiándose,» y añade cómo fué perdiéndola, hasta que la luz «se trocó en una oscuridad completa, como la que queda al apagarse una vela.» «Cuando por la mañana, dice, me ponía á leer, segun mi costumbre, padecia mucho de los ojos, que me molestaban terriblemente, hasta que con el ejercicio corporal adquirian alguna fuerza. Si miraba á una luz encendida, la veia cercada de un disco luminoso. Una pequeña sombra que me cubria la parte izquierda del ojo izquierdo tambien, el cual comenzó á resentirse algunos años ántes que el otro, me impedia ver todo lo que habia en aquella direccion. Hasta los objetos que tenia enfrente parecian oscurecerse cuando cerraba el ojo derecho, y este fué tambien durante tres años acabándose lentamente, y pocos meses ántes de perder la vista del todo, no senti novedad alguna; ahora siento como unos densos vapores en la frente y las sienas, que me oprimen y pesan sobre los párpados, sobre todo despues de comer, á la caida de la tarde. Ni debo omitir tampoco que ántes de quedar totalmente privado de la vista, cuando estaba en la cama y me volvía de uno y otro lado, al cerrar los ojos, me salian de ellos ráfagas lucientes; más adelante, cuando poco á poco fui dejando de distinguir los objetos, parecia que los colores, proporcionalmente turbios y oscuros, saltaban con cierto impetu y con una especie de zumbido interior.» Pero despues de 1652, estas postreras llamaradas de la luz que se le apagaba, no volvieron á aparecer más.

La única obra en respuesta á su *Defensa del pueblo de Inglaterra*, sobre la que Milton decidió al fin no guardar silencio, fué una publicacion titulada *Regii sanguinis clamor ad Coelum adversus Parricidas Anglicanos* (Grito que la sangre real levanta al cielo contra los parricidas ingleses). El autor de esta obra era un tal Pedro Du Moulin, residente en Inglaterra, pero francés de nacimiento. Por él mismo sabemos que el manuscrito fué enviado á Salmasio, y que éste encargó la impresion á uno llamado Moore, en latin «Morus,» escocés, que era el director del colegio protestante de Castres, en Languedoc. El libro no lleva más nombre que el del impresor, pero la dedicatoria á Carlos II está firmada por Moro. Milton llegó á entender que Moro habia tenido alguna parte en esta obra, y contra él esgrimió la pluma, considerándole su autor; y como el escrito en

cuestion estaba lleno de las más duras apreciaciones sobre su carácter privado, Milton aprovechó la ocasión para justificarse de semejantes diatribas, y al propio tiempo para decir al mundo cuál era su juicio respecto al carácter de los hombres que más participación tenían en el origen y conservación de la república inglesa. La importancia biográfica de esta segunda *Defensa* es muy grande; de modo que en este concepto tenemos mucho que agradecer á la cándida malignidad de los enemigos de nuestro autor. Moro intentó replicar; Milton contestó; á la contraréplica añadió un suplemento; pero la controversia estaba ya agotada.

En 1653 quedó Milton viudo. Dicese que su esposa murió en su último destierro. Durante los últimos años, cuando estaba engolfado en cuestiones de tanto interés público y atrayéndose la atención de Europa, hay motivos para creer que su situación doméstica no era muy envidiable. Su esposa le había dejado ciego y con tres hijas, la más pequeña de dos años, y la mayor de ocho. Él mismo nos dice que á pesar de los servicios que había hecho á la República, había estado muy lejos de enriquecerse. Sus rentas consistían en el sueldo de secretario, que no llegaba á trescientas libras al año, y en sus recursos propios. En 1655 cuando, ciego ya, tuvo que echar mano de un auxiliar para su cargo, se le dejó reducido el sueldo á ciento cincuenta libras anuales, que se le asignaron como vitalicio. Poco después se nombró á su buen amigo Andrés Marvell como sustituto en su empleo oficial, nombramiento que parece haberse hecho á indicación suya.

Tales eran sus circunstancias personales cuando contrajo segundo matrimonio, y la persona con quien se enlazó fué Miss Woodcock, hija del capitán Woodcock, de Hackney. Cómo se condujeron los negocios domésticos de Milton durante los tres últimos años, no está averiguado; pero que quedaron abandonadas las tres hijas, lo cual no hubiera sucedido á tener una madre de no más que regular inteligencia, es muy verosímil. Con Catalina Woodcock vivió Milton tan feliz como no lo había sido hasta entonces, y sus hijas suponemos que empezaron á dar señales de aprovechamiento bajo su dirección; pero este rayo de luz que entró en casa del poeta debía durar muy poco: quince meses después de su matrimonio murió su esposa embarazada, y la criatura no se logró. El sentimiento que tuvo siempre Milton por la pérdida de esta virtuosa señora, la expresó en un bellissimo soneto.

Ocho años fecundos en acontecimientos habían de pasar, antes de que Milton volviera á casarse. El alivio de trabajo que tenía en su cargo de secretario, le

dejaba algún tiempo más de que disponer; seguía ocupándose en la Historia de Inglaterra, y ahora dió principio á los apuntes preparatorios para un diccionario latino reformado, y á la reunión de materiales para una obra de Teología; mas poco después de haber enviudado segunda vez, comenzó á pensar en el asunto de la Caída del Hombre para el poema épico que de tiempo atrás meditaba. Según su amigo Aubrey, empezó esta grande obra en 1658, mas en esta época todavía no se consagraba á ella del todo, sino á ratos. En 1658 publicó el manuscrito de la obra de Sir Gualterio Raleigh titulada el *Consejo del Gabinete*. En 1659 dió su importante tratado de la *Potestad civil de los casos eclesiásticos*, y un vigoroso opúsculo sobre los medios de suprimir *los Jornaleros de la Iglesia*. En el mismo año escribió también una carta á un amigo, tocante á los trastornos de la República, y otra al general Monk en favor de una República libre, exponiendo los medios que debían emplearse para asegurarla; pero eran cartas confidenciales y breves que no llegaron á imprimirse. El folleto dado á luz algunos meses después bajo el título de *Breve y fácil camino para establecer una República libre*, era de más importancia y estaba dirigido á la nación. En este opúsculo recomendaba con mucho empeño la excelencia de una República libre «comparada con los inconvenientes y peligros de la restauración monárquica en aquel país.» Otro fragmento publicó por entonces en contestación á un sermón altamente realista, predicado por un doctor Mateo Griffith, que se decía «Capellán del último Rey.» En estos dos escritos protesta Milton con toda su energía contra el restablecimiento del gobierno de los Estuardos, y en el mismo sentido seguía clamando, cuando los cañones de Dover Castle anunciaban el desembarque de Su Majestad Carlos II; pero la nación no le oía, y la corte y el pueblo se apresuraban á realizar las fatídicas predicciones tantas veces anunciadas por Cromwell, reproducidas por Milton al presente. La parte sensata del país estaba cansada de una guerra de facciones, del desorden que cada vez introducía más profunda perturbación, y anhelaba se realizasen sus esperanzas, fundadas en las prudentes y patrióticas intenciones del Rey proscrito. Aquellas esperanzas iban á salir fallidas; pero la experiencia vino demasiado tarde, y lo hecho ya no podía menos de realizarse.

En los ocho años que precedieron á la Restauración, vivió Milton en su aislado domicilio de Petty France, cerca del centro en que se agitaban todos aquellos años las ruidosas cuestiones suscitadas entre la Iglesia y el Estado. En aquel